

[*Clásica*] ORQUESTA DE PARIS

La luz y la música

Orquesta de París./ Coro Nacional de España./ Director: Rafael Frühbeck de Burgos./ Solista: Beatrice Uria Monzón./ Obras de Berlioz y Ravel./ Auditorio Nacional./ 10 de marzo.

★★★★

CARLOS GOMEZ AMAT

MADRID.— Merece una mención el brillante concierto dirigido por José Fabra —músico excelente y eficaz— a la Orquesta de la Comunidad de Madrid, marcada por la profesionalidad y el entusiasmo. Curioso y bonito programa, integrado en su totalidad por rapsodias. Estas páginas de forma libre dan lugar al lucimiento. Además, se pasa bien, cosa que no siempre sucede. Rapsodias de Enesco, Gershwin, Alfvén, Chabrier y Liszt.

Todo en su sitio, incluida la jótica de Chabrier, pero recordamos especialmente la actuación de Rosa Torres-Pardo en Gershwin. Otras veces hemos hablado de las altas condiciones técnicas y musicales de nuestro pianista, pero ahora hay que añadir el completo acierto en el estilo. No es fácil captar el espíritu de esa música americana, tan influida por lo popular. Rosa lo domina por conocimiento

directo y supo entusiasmar al público. Gran éxito para todos.

En el ciclo de la Nacional, nos ha visitado la Orquesta de París. Desde su fundación, lograda por un gobierno preocupado de verdad por la cultura, esta superior formación sinfónica ha sido conducida por las mejores batutas. Muchas son las virtudes de la orquesta de la capital francesa, pero todas ellas están sujetas a ese orden del que alguna vez he hablado tratando de Ravel.

El orden francés lo somete todo a lo que pudiéramos llamar *lógica nacional*. Pero se equivocará quien piense que la pasión sale perjudicada. La pasión es universal en su fuerza y salta por encima de órdenes y de lógicas. En la Orquesta de París se escuchan unos a otros, y la homogeneidad es evidente. Rafael Frühbeck de Burgos se ha entendido perfectamente con los músicos y ha conseguido la luminosidad en Berlioz y en Ravel.

Dice Umbral que la música alemana es la música por exce-

lencia, y tiene razón en lo que se refiere a la preponderancia en los programas y, quizá, el lugar que ocupa en nuestros corazones. Pero, por ejemplo, el esplendor en nuestro siglo es cosa de Stravinsky y de Ravel. Otros músicos nos cautivan por diversas causas, pero en el esplendor reinan el ruso y el francés.

La muerte de Cleopatra es obra juvenil de Berlioz, en la que ya se anuncia una originalidad que chocaba a los maestros. Decía Rossini: «Es una suerte

que este muchacho no sepa música, porque la haría muy mala». Pues no. Mis relaciones con Berlioz no son buenas, pero reconozco su grandeza. Magnífica, por voz y expresión, la mezzo Beatrice Uria.

Y la luz final en el *Dafnis* raveliano, completo, con la magia del Coro que dirige Steubing. Versión brillantísima de Frühbeck y la alianza franco-española. Propinas también francesas y luminosas: Bizet. Triunfo absoluto y resonante.

Frühbeck se ha entendido con los músicos y consigue luminosidad en Berlioz